

Spanish Palm Sunday Sermon 2025

St. Luke/San Lucas Episcopal Church

Isaiah 50:4-9a; Psalm 118: 1-2, 19-29; Philippians 2:5-11; Luke 19:28-40

Den gracias al Señor, porque Dios es bueno.

La misericordia de Dios es eterna. Amén.

Por favor, tomen asiento.

¿No fue divertido celebrar nuestra procesión anual de palmas? Caminando juntos. Agitando nuestras hojas de palma. Celebrando.

A lo largo de los siglos, la primavera ha sido la época de los desfiles, un momento en el que la gente por fin puede salir de casa, después de un largo invierno. Para reunirse, socializar, divertirse al aire libre.

Nuestro evangelio se ambienta en esta época del año. Mientras el pueblo judío se reúne para celebrar la Pascua, multitud llega a Jerusalén desde todas partes del país. Algunos probablemente sean personas devotas y muy religiosas, peregrinos que vienen a celebrar sus días más sagrados en el templo, la morada de Dios. Otros quizás hayan viajado más para ver a la familia, para reencontrarse con la abuela, ver a sus primos o compartir una comida con familiares y amigos.

Probablemente, la gran procesión de Poncio Pilato, representante del gobierno romano gobernante en el territorio de Israel, entraba en la ciudad desde el oeste. Viajando desde su palacio junto al mar hasta Jerusalén para las festividades, Pilato habría estado acompañado por sus soldados, algunos a caballo o en carros, otros marchando en formación. Este desfile probablemente también habría incluido al numeroso personal de la casa y otros sirvientes, además de Pilato, su familia inmediata y otros representantes clave que deseaban estar cerca del poder.

¿No te imaginas el estruendo de todos esos caballos, carros y soldados marchando? El sol destellando sobre las ricas vestiduras y las relucientes armaduras. Una impresionante muestra de riqueza, o poder, de poderío militar.

A lo largo de los caminos habría residentes locales y peregrinos, muchos quizás desviados del camino, interrumpiendo su propio camino, para dar paso a los representantes de esta fuerza de ocupación. Probablemente se oyeron gritos de «¡Ave!», «¡Salve!» al pasar el

grupo. Reconocimiento de su poder. Respeto, quizás. Miedo, sin duda. Admiración o amor, improbablemente.

Desde el otro lado de la ciudad, otro grupo se unió a los peregrinos que llegaban a Jerusalén. A la cabeza de este desfile estaba Jesús, carpintero y maestro del campo. No cabalgaba sobre un caballo de guerra ni en un carro, sino a lomos de un burrito. Acompañado por sus amigos más cercanos, los discípulos y las mujeres.

Al pasar Jesús y su grupo, la gente lo reconoció y comenzó a reaccionar. Arrancaron ramas de palma, ondeando las hojas como banderas y estandartes improvisados a lo largo del camino. Extendieron sus mantos en el suelo para abrirle paso a Jesús al pasar. Cantaron. Alabaron a Dios con alegría a gran voz. Gritaron: "¡Hosanna!".

Mi hebreo es pobre y mi arameo inexistente, así que perdonen la pronunciación, pero este grito, Hosannah, o hosi-ah-na, no es una alegría, sino un antiguo SOS, un grito de "Por favor, sálvame" o incluso "¡Sálvame ahora!".

¿Y de qué pedían estas personas, rogando a Jesús que las salvara? Pobreza. Opresión. Una autoridad ocupante que los obligaba a vivir de una manera que difería de las enseñanzas de su Dios. Que los dividía. Que se centraba en acumular riqueza y poder, en lugar del bienestar de la población. ¿Qué clamaba la gente?

¡Bendito el Rey que viene en el nombre del Señor! ¡Paz en el cielo y gloria en las alturas!

Paz. Un Rey que viene, no para enriquecerse, para ensalzarse, para conquistar y derrotar, sino un gobernante que viene en el nombre del Señor, para sanar, para proteger, para guiar a su pueblo de regreso a Dios.

Pensamos en esto como una celebración, la entrada triunfal de Jesús en Jerusalén, pero quizás sea mejor verlo como una contramanifestación, una marcha de protesta, una búsqueda de salvación por parte de personas desesperadas.

Creo que esto ha estado presente en mi mente, ya que hemos estado realizando varias marchas de protesta, manifestaciones y concentraciones, incluyendo varias reuniones recientes en el Parque Esther Short, y espero que haya más en los próximos días.

Hasta ahora, los eventos han sido pacíficos, incluso festivos, como lo fue la entrada de Jesús a Jerusalén. Rezo para que sigan siendo así. Pero en estos eventos recientes, también he visto mucha ira. Ira en las pancartas. Ira en los cánticos. Ira en los rostros de personas que han llegado al límite.

Y lo entiendo. Me encuentro presionando el emoji de enojo en respuesta a publicaciones y noticias con mucha más frecuencia que el botón de "Me gusta", y mucho menos los emojis

de corazón o cariño. Y hay mucho por lo que enojarse. Hay mucho que temer. Hay mucho caos en nuestro mundo actual.

Sin embargo, mientras estoy en medio de estas reuniones, mi mente se remonta a la Peregrinación por los Derechos Civiles que realizamos el otoño pasado, a la cantidad de oradores que compartieron sus experiencias, al papel que desempeñaron las iglesias en sus protestas.

Las iglesias eran lugares de encuentro donde la gente podía reunirse para decidir el camino a seguir. Las iglesias eran lugares donde se impartía formación en la no violencia. Las iglesias eran donde la gente debatía si protestar, contra qué protestar, cómo protestar. Y las iglesias eran lugares donde la gente aprendía a cantar, a cantar canciones de redención, de comunidad, de apoyo, canciones que clamaban por un mundo mejor, por misericordia, por justicia, por paz. Las iglesias eran lugares donde la gente se reunía para orar, para pedir sabiduría, respeto, fuerza. Las iglesias eran santuarios de esperanza, donde la gente acudía para vislumbrar un mundo mejor, lo que el mundo podría ser, lo que el mundo estaba destinado a ser.

Y sí, debido a esta labor, las iglesias también se convirtieron en blancos, blancos del odio y la violencia. En Birmingham, visitamos la histórica Iglesia Bautista de la Calle 16, donde cuatro jóvenes murieron en un atentado con bomba el Domingo de la Juventud.

Las protestas, la resistencia al mal, pueden ser peligrosas. Requieren valentía. Jesús lo sabía. Al entrar en Jerusalén, era muy consciente de que habría oposición a su mensaje de amor y paz, de inclusión y respeto. Oposición de quienes ostentaban el poder gubernamental. Oposición de los líderes religiosos. Oposición de la gente común, temerosa de que les arrebataran lo poco que tenían.

Jesús lo sabía, pero aun así siguió adelante. Y cuando los fariseos lo desafiaron, pidiéndoles a los discípulos que se detuvieran, que guardaran silencio, que no causaran problemas, la respuesta de Jesús fue clara: «Si estos callaran, las piedras gritarían. Si nosotros callamos, las piedras gritarán».

Al comenzar este verano, nos enfrentaremos a reuniones, desfiles y mítines. Habrá algunos diseñados para impresionar, con poderío militar y demostraciones de fuerza. Puede que haya algunos que estallen, donde la gente, llevada al límite y más allá, desaten toda su ira y dolor.

Espero y rezo para que haya otro tipo de encuentro también. Manifestaciones, concentraciones, marchas, llenas de cantos, de oraciones, de apoyo mutuo no violento.

Participantes con pancartas que nos instan a ser mejores personas. Que exigen justicia para todos. Que exigen inclusión, afirmación y respeto. Pancartas que reconocen que todos necesitamos hosanna, salvación del caos que nos rodea.

Este verano, nos reuniremos con nuestras iglesias episcopales hermanas del condado de Clark para celebrar en el Parque Esther Short. Estaremos allí para el Día de la Independencia de Estados Unidos, para el Orgullo en el Parque y para la Feria de Paz y Justicia. Los diáconos también planean estar presentes en otros eventos.

Las preguntas que les dejo hoy son estas: ¿A qué marchas nos uniremos? ¿A qué desfiles asistiremos? ¿Qué pancartas llevaremos y qué cánticos cantaremos? Estaremos del lado de los marginados y los oprimidos o nos inclinaremos ante los poderes mundanos de nuestro tiempo? ¿Se escucharán nuestros gritos de hosanna, «Dios nos salve», o serán las piedras las que clamen a Dios por la paz?

Amén.